

Nuevos brevicuentos

ROBERTO BAÑUELAS

Fraude celestial

No hay profeta ni encíclica que anticipe cómo y de qué metal será construida la trompeta que sonará los himnos y marchas –de absolución o castigo– en el día del Juicio Final. Tampoco se ha aventurado ni la más tímida predicción acerca del procedimiento para seleccionar al solista: ni la resignación ni la fe nos apartan de la sospecha de otra imposición...

Ansiedad estética

La verdad –que no debo revelar para que se beneficien mis rivales competidores o los críticos que me he negado a sobornar porque saben más de tintes que de pintura– es que ya no pinto desnudos de mujeres hermosas porque las modelos ahora cobran por hora a un precio como si me vendiesen el alma; por su parte, las damas de la alta sociedad, cuando encargan un retrato se niegan a posar desnudas, arguyendo que el esplendor natural de su belleza ya pasó, lo que no es óbice para exigir que las immortalice en un fastuoso atuendo correspondiente a la ceremonia celebrada en el aniversario de una reina imaginaria.

Ha sido un triste cambio el de la pasión vibrante de los cuerpos cotidianamente impúdicos por el de estas estériles naturalezas muertas como “retrato de un bosque talado visto por un pájaro solitario”.

Ceremonia de alto riesgo

Porque soy un alpinista visionario e íntimo, te confieso que aspiro al ascenso amoroso sobre el campo tibio de tu piel imantada. Comenzaré besando el empuje de tus pies inquietos para establecer la ruta hacia tus muslos tormento-

sos; haré una larga pausa en el valle oscuro de tus ingles; luego, con fervor que no anule la locura, emprenderé una peregrinación hasta el santuario silencioso de tu ombligo... Después de dar gracias a la vida por tanta dicha recibida entre el ensueño y la fe de mis delirios, intentaré llegar a las cumbres floridas de tus senos.

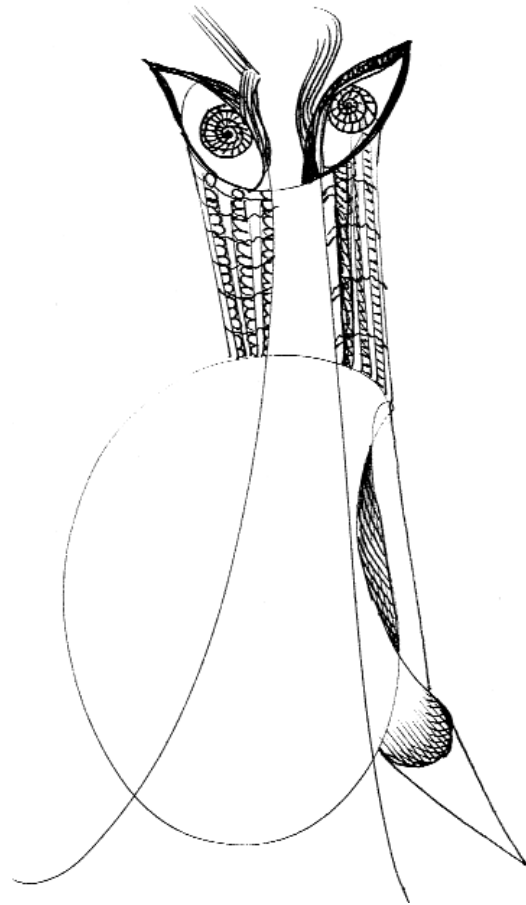
Vértigo del vals vienés

Siempre que trato de bailar el vals con Natalia equivoco el paso o tropiezo con el sentimiento de caer para siempre en el azul profundo de sus ojos.

Las palabras y el desierto

Abandoné por la tarde la ciudad amurallada, guardiana protectora de mercaderes que viven para acrecentar la riqueza que les quita el sueño.

Llegué al desierto con los primeros fulgores del alba. La llanura estéril me dotó del ayuno necesario al iluminado febril en que yo mismo me había convertido.



Roberto Bañuelas

Cuando comencé a predicar, creyéndome dueño de aquella ardiente soledad, apareció un profeta sin nombre que solía escapar de las páginas confusas de un libro apócrifo.

Afortunados ausentes

-Han tenido mucha suerte de no haber estado en casa: ese desconocido, que alguien vio salir, no era simplemente un ladrón, sino un criminal perverso que juega a vendarse de sus fracasos presentes y futuros... Antes de que pasen al salón, quiero advertirles que no pudo abrir la caja de seguridad, pero sí mató al gato siamés y acuchilló un cuadro que representaba a la sufriente y arrepentida Magdalena.

Dicha falaz

En busca de la felicidad, me he casado y divorciado tres veces. Por su parte, las tres mujeres que en su tiempo aseguraron adorarme y mantenerse esbeltas según la voluntad y la ropa de Dior, han deteriorado ignominiosamente mi economía con el correspondiente pago de pensiones alimenticias.

Definitivamente, resulta menos lesivo para un poeta idealizar a las mujeres que mantenerlas: gordas, egoístas y voraces como son ahora, me han causado el gran daño de convertirme en un escéptico del matrimonio.

Ruptura

Siento que me observas y me analizas como si después de una noche de ignorar al mundo junto a ti me convirtieras en un extraño sin atractivo para tus delirios eróticos hermanados a la corriente de la melodía infinita de *Tristan und Isolde*. Yo, para no perder ventaja en esta carrera hacia el abismo prometido, te miro y te admiro como si fueses la imagen perfecta dentro del marco de mi vida, tejida y tallada en el paisaje inagotable de las obras que venero hasta llegar al orgasmo espiritual llamado éxtasis.

Así como ahora no quiero música solemne que prelude la inevitable marcha del exilio, espero que no irrumpas con una frase convencional en los caminos erizados de señales enigmáticas que me conduzcan lejos de la triste magnitud de tu silencio.

Locura de las torres sonoras

Desde lo alto de las orgullosas torres, todos los relojes se confabularon para esparcir un febril desconcierto de campanadas y deshoras que desquiciaron la vida de la que fue mi ciudad natal, habitada desde hace tres años por pensio-nados extranjeros y fantasmas residentes.

Para no equivocarme el horario de mi vida futura –sin rumbo y sin edad– escapé en el primer tren que paró frente al fugitivo y único pasajero que era yo.

El parto del horizonte

Después de la tormenta, congregados al borde del pequeño muelle, esperaron a que la barca, impulsada por la marea se aproximara sin velas, sin rodeos y sin pescador.

Penalty

–No, señor juez, no es que yo insista en que mi marido encuentre un empleo diferente a lo que él cree que sabe hacer. Yo, a pesar de haber sufrido tres operaciones, nunca he dejado de trabajar para que él no se distrajera de su meta por llegar a ser un profesional del fútbol. No es, tampoco, que yo quiera desprestigiarlo al afirmar que se encuentra perturbado de sus facultades mentales, sino que ya no resisto el mal trato que me da, pues, como usted debe saber, cada vez que pierde su equipo llega a casa borracho y profiriendo insultos; luego, si no le gusta la cena (que es lo más frecuente), le da por patearme y gritar que soy una maldita pelota traidora...

Señor juez: yo soy cosmetóloga titulada y me va muy bien con la clientela que requiere de mi ayuda en su lucha contra los estragos del paso del tiempo, razón poderosa para no necesitar que ningún astro fracasado del balón-pie me mantenga... Yo ya no quiero más promesas ni juramentos de mi futuro ex marido –aquí presente–, pero sí una urgente sentencia de divorcio que me libere de rémoras alucinadas y me permita rehacer mi vida y mi cuerpo agredido... Todavía soy joven,,, ¡Gracias, señor juez!

* Del libro inédito *Los inquilinos de la Torre de Babel*. 🐱

EL SUEÑO

ARES DEMERTZIS

A l iniciar el amanecer de mi vigésimo segundo cumpleaños, encerrado en una extraña y enigmática ansiedad, atravesé la profunda cerúlea bahía que separa dos diversos y singulares asentamientos. Me desplazé desde las verdes praderas de Staten Island a los monumentos de concreto que conforman el condado de Manhattan. Abordé el transbordador que capitaneaba un incógnito Carón, para llegar a la otra orilla como uno más entre la numerosa y diversa colección de somnolientos pasajeros, perdidos en un silencioso y letárgico ensueño.

El pálido y frío sol mañanero destellaba alegremente con irracional incongruencia sobre la superficie serena del agua como brillantes monedas de oro pavoneándose. Cerré los ojos y soñé una vez más con Leila.

Estamos en Acapulco. Atardecer. Nuestra luna de miel. En una mesa del Hotel El Mirador, bebiendo daiquiris. El de ella de un ligero durazno sonrosado; el mío cargado de plátano atiborrado. Ella está entretenida, algo pasada de copas, riéndose con esa encantadora risita tan suya. Una ligera brisa marina le acaricia suavemente el cabello; el aroma familiar de su perfume me cautiva.

Miramos hacia la peligrosamente abrupta escarpada de la Quebrada, desde la cual impulsivos jóvenes musculosos, sujetando antorchas enardecidas, se lanzan de cabeza desafiando el precipicio hacia el agua rugiente azul turquesa. Saltan de las rocas en el momento preciso como águilas en vuelo para caer a pique dentro de la ola, penetrando impetuosamente la hondonada rocosa. Una metáfo-

ra; un ritual que imita nuestra enigmática existencia – un nanosegundo siendo el factor determinante entre la vida y su extinción.

¡Oh, como te extraño, mi querida Leila!

Lágrimas silenciosas empañan mi visión. Tú ríes. Tú bailas. La diáfana tela de tu amplia falda ondea y gira en ritmos sensuales observados en forma obscena por los ojos hambrientos de anónimos y vulgares hombres envidiosos.

No, Leila, detente, espera la ola, ¡espera la ola!

Camino hacia el norte de la isla de Manhattan, por la vereda de cemento que bordea el río, atravesando el fétido mercado Fulton, donde peces muertos y malolientes se almacenan; busco la dirección que fue garrapateada en el papel arrugado que llevo en la mano. Hace tiempo la residencia se le consideraba un *petit palais*; ahora es simplemente una ruina con una puerta negra que ostenta el número seis. Una mirada más atenta me lleva a descubrir que en realidad es un número nueve, invertido al caer del clavo que lo sostenía. Golpeo la puerta con su aldaba de bronce, corroída por la sal de la brisa del río que la salpica; su color ahora de un verde desconchado.

Una mujer aseñorada abre la puerta y me hace pasar a un pequeño y sombrío recibidor oliendo al aroma dulzón a flores que emanaba de numerosos arreglos fragantes inundando el reducido espacio. Murmuré mi nombre, porque el ambiente impedía hablar en un tono de voz normal; ella desapareció silenciosa en la penumbra. Me acomodé a esperar en una pequeña silla *Biedermeier*, bajo un cuadro que resguardaba un aforismo bordado a mano: *“El tiempo no espera a nadie; todo el mundo espera el tiempo.”*

La señora regresa pronto y me hace señas de que la siga; abriendo una estrecha puerta de madera, color rosa, me indica que descienda por una inclinada y misteriosa escalera hacia la oscuridad. Me tomó un buen tiempo llegar al fondo, los peldaños no sólo eran empinados, lo que impedía un paso rápido, sino también en forma de caracol, precipitándose a una distancia insospechada hacia adentro. Mientras mi bajada continuaba, el áspero muro de este foso subterráneo contra el cual me sujetaba con la palma de la mano, se volvió suave, húmedo y resbaloso, lo cual me

imaginé era consecuencia de la proximidad del río; un fuerte olor a humedad subió para rodearme. Llegando al final de la escalera, descubrí un estrecho acceso a través del cual me escurrí con dificultad; conducía al lugar que yo estaba buscando, el ateneo donde se guardan las memorias de todo el conocimiento.

Me encucillé en el suelo, con la barbilla sobre mis rodillas, justo en el centro de este cavernoso cuarto oscuro, acuoso, y esférico, rodeado por intimidantes estantes de libros que cubrían los muros de suelo a techo llenos de manuscritos mojados, pareciendo estar deteriorándose. La repentina aparición de un individuo joven, con una cabeza afeitada e inusitadamente grande, me revolvió de mi encantamiento; vestía una delgada túnica blanca, unos senos incipientes se pegaban libres al traslúcido material, revelando hinchadas aureolas como de una adolescente. Mi mirada escudriñó el espacio abajo de la cintura de esta criatura andrógina, hermafrodita, queriendo determinar su sexo,



Alejandro Caballero

pero los profundos pliegues de la tela impidieron mi curiosidad.

–“¿En qué puedo ayudarte?” –aunque no se escuchó ninguna voz, comprendí perfectamente las palabras.

–“He buscado respuestas, pero perdí la esperanza,” repliqué.

–“Sí. ¿En qué puedo ayudarte?” insistieron las palabras no verbalizadas.

–“Estoy buscando cualquier información que puedas tener respecto al génesis, el origen de la vida y por supuesto, la consecuencia natural, su término. Lo que específicamente me interesa es comprender la esencia de ser, en otras palabras si un plátano tuviera sabor a durazno ¿se le consideraría aún un plátano? Y si el sabor de un durazno fuera el de una aceituna amarga ¿sería de todas formas un durazno?”

Una sonrisa enigmática se delineó en sus labios llenos y sensuales. Allí distinguí el rostro burlón de Leila, y nuevamente se agitó dentro de mí una ira incontrolable. Es pasada la medianoche; La Quebrada está desierta como un desolado paisaje lunar. Tropezó contra las puntiagudas rocas persiguiéndola rabioso. Ella recoge la falda que impide su impulsiva, descalza carrera; mi corazón se acelera incontrolablemente. Puedo oír su risa burlona, despreciativa.

“¡Espera la ola, Leila! ¡Espera la ola!”

Una pregunta muda penetra mi consciencia:

“¿Estás familiarizado con el sabor de la muerte?”

“Eso creo.”

“¿A qué sabe?”

“A almendras.”

“Sí, amígdala.”

La aparición asexual me abraza, presionando contra mi boca un beso sofocante, que me deja sin aliento. Luego desaparece. Miro mi mano, en la que ha inesperadamente aparecido una almendra. A punto de llevarme el fruto a la boca, un miedo impertinente me inunda. Me sorprende a mí mismo dudando.

El insistente sonido de un teléfono me despierta. Los ojos todavía cargados de sueño, volteo a ver el reloj en la mesita de noche antes de contestar.

Poemas

EDWIN LUGO

Si te volviera a ver

Si te volviera a ver lejano día,
rodando esta existencia miserable,
pienso, más no decido lo que haría
y si hallarlo grato o detestable!

Si ceder a la tentación de reprocharte,
culparte de tu olvido y de mi pena,
sucumbir a la debilidad de perdonarte
e inundarte del cariño que aún me llena.

Yo sé que estamos lejos y no obstante,
volverte a ver presiento claramente,
y no sé si anhelarlo... y al instante

no sé si me parezca indiferente,
y me sigo preguntado ¡Qué he de hacer?
en el lejano día ¡Si te volviera a ver!

El ruego

Deja esta noche tu ventana abierta,
para que el verso al desdoblarse libre,
en la tibieza de la noche vierta
la queja rota y que por ti suspire.

Deja que la emoción límpida brote,
en burbujas de suaves armonías
que cada letra tu belleza evoque
trastocando serenata en sinfonía.
Sé la novia febril y palpitante,
cuya ansia tras la reja se acelera
seremos en la noche azul y quieta

de una eterna y dichosa primavera
yo por siempre el rendido y fiel amante
tú por siempre la novia del poeta.

Adios

Adios –me dijiste- ¡Hasta mañana!
yo quise aún un instante retenerte,
mientras ansioso buscaba tu mirada.

Tu mano siempre cálida era fría,
tu mejilla palidecía con el relente,
y tu boca, aquella boca que era mía

se me escapaba de los labios de repente,
y mientras más la buscaba, más huía.

De pronto, el presentimiento de perderte,
mi carne taladró como una daga,
y tratando de fingirme indiferente

cuando el destino suicidaba mi alma,
sin volverme te dije: ¡Hasta mañana!

Hasta entonces

Planeaste alejarme de tu vida,
pensando que el silencio del olvido
es la más elocuente despedida
y al huir el ave derribóse el nido.
Mas lejos de ti la llama arde,
no lograste que dejara de quererte,
si mi vida tu vida no comparte
no tendrá por final mi amor la muerte.

Cuando la noche me dé su beso helado,
 y escuche tu voz querida que se aleja,
 tus pasos, tu risa, tus palabras,
 la calle en que hubimos caminado
 y tu rostro tan querido que me deja

entonces, cual un film viejo la nostalgia,
 me resumirá los episodios del pasado
 y te irás sin saberlo, dulcemente,
 al final para siempre de mi lado.

¿Te imaginas?

¿Te imaginas lo que es el recordarte,
 en las tardes tan frías de diciembre,

cuando un ansia me incita a buscarte
 y la razón me previene: detente?

¿Te imaginas lo que es el desearte
 anhelar a mi lado retenerte,
 y al final cuando voy a acostarme
 repetirme que soy un demente?

¿Te imaginas lo que es el aguardarte
 aunque sepa que nunca habré de verte
 y saber que otro habrá de besarte

y pensar que otros labios prefieres
 y si intento el cruel clavo sacarme
 mas profundo se clava y me hiere? 🖤



Oswaldo Sagástegui

Viaje cotidiano

LEONARDO SEVILLA

Hay de viajes a viajes
Como los jóvenes viejos
Con ideas y actitudes ya obsoletas
O los viejoviales que siguen
Con el dedo en el renglón todavía
Y a pesar de la vista cansada
Con gafas disfrutan a sus anchas
De los altibajos y vaivenes del camino.

Hay caminos que empiezan
Con una amplia sonrisa
Y caen en la trampa
Y en el espejismo del oasis
Que el destino fragua
Entre premios y castigos
Arrastran a diario sus penas.

Hay viajes de trabajo
De placer o forzosos
Que empiezan desde antes
Cuando la calle y el barrio
Y hasta la misma ciudad se vuelven
Ya tan estrechos
Que sólo falta subir al trampolín
Y saltar al oceánico enigma del tiempo
Con la curiosidad como faro
Para adentrarse en lo nuevo.
Hay un camino que lleva
Espacio de la mano
Hasta llegar a la encrucijada
De lo gregario y trillado
O de la incertidumbre solitaria:
En el horizonte se abren
Paisajes sombríos y brillantes
Según los pasos y los pesos
Según los pisos y el ritmo
De cada azarosa andanza.

Hay insilios que duelen
Y conducen sin remedio
Al abismo de los exilios
Voluntarios o impuestos:
Viajes de ida y vuelta
Con suerte, hallazgos e inventos
O viajes nefastos y sin regreso posible
Que se viven y conviven con la muerte
Emboscada en cada tramo.

Hay sueños que acaban
Con la paciencia y de repente
En pesadillas se convierten
En rutinas y torturas diarias
Que encarnan la derrota y el caos
La angustia y la locura
Que marchitan y petrifican el corazón.

Hay caminos que alimentan
El cuerpo y el alma
Con la memoria imaginaria
Enlazando los cambios
Que en las entrañas y mente ocurren
Y se escurren y bañan
Con sus murmullos de tristeza y alegría
Desde la vista hasta las entrañas.

Hay viajes que nos cambian la vida
De una vez y para siempre
Como el imprescindible zarpazo del amor
Como las inspiradoras insinuaciones de un libro
Como el brazo apalabrado de un amigo
Que se entrega al juego
Infantil del espejo de agua
Y siente, respira y escribe con la voz
Y la mirada de las letras y los hechos
Sin exigir ni pedir nada a cambio.

Hay largos e inciertos caminos
Que de improviso son veredas
O atajos inesperados y añorados
Hacia secretos y sorpresas
Hacia manantiales y fuentes
Hacia transparentes jardines
Que se riegan con suspiros
Y afloran con los arrebatos de la noche
Mientras chisporrotean nuestros deseos
A la luz y a la intemperie en plena vigilia. 🐾

Oportunidad

ESTHER TIRADO SORIANO

El final de mis estudios llegó junto con la oportunidad de demostrar a mis padres que como mujer, tenía mejores posibilidades que el vago de mi hermano Tomás, que sólo aportaba problemas, para contribuir al sostenimiento del hogar y de mis cinco hermanas pequeñas; todo lo cual eran una carga excesiva para ellos. Papá opinaba que las mujeres sólo son buenas para... “el metate o el patate” y yo quería demostrarle su error.

Cerca de casa había un laboratorio de cosméticos de belleza que solicitaba jóvenes atractivas para demostradoras de sus productos y ejecutivas de ventas. Fui a ofrecer mis servicios, orgullosa de haber cumplido los 18 años que exigían.

El grupo de aspirantes al trabajo era numeroso. La selección fue rigurosa. Yo conseguí el puesto con facilidad pues decían que era muy bonita.

Durante dos semanas me enseñaron los atributos de los afeites y cosméticos. Varios instructores me capacitaron sobre la forma de encuestar, introducir y demostrar los nuevos productos a las amas de casa para darles a conocer sus bondades, las diferencias con los que ellas usaban y convencerlas de comprar los nuestros.

El primer día de trabajo en la calle, me puse mi mejor vestido, pinté mis labios y retoqué mis ojos con esmero. Eché una mirada seductora al espejo que me devolvió la satisfacción con la que salí dispuesta a conquistar el mundo.

Si este trabajo resulta tan productivo como me lo han planteado, – pensé– no sólo contribuiré a la economía hogareña, sino que tendré dinero para comprar vestidos elegantes y lucir mejor que mis amigas, llegar al puesto de gerente y ganar mucho billete, para adquirir un coche y...

La zona que me tocó visitar pertenecía a una colonia residencial muy exclusiva, de amplias casas rodeadas de jardines paradisíacos, perros que me daban miedo y muca-mas de uniforme. Toqué el timbre en una de las más ostentosas.

Después de dos o tres timbrazos, una voz adormilada preguntó: “¿Quién?” Usando mi más melodiosa tesitura dije mi nombre y pedí hablar con la señora de la casa. El largo silencio que siguió me hizo perder un poco de aplomo, pero finalmente dijo: “un momento voy a consultarlo”. Poco después, la puerta se abrió y un hombre alto, robusto y en filipina, me introdujo por una vereda del jardín hasta la entrada principal que desembocaba en un amplio salón escasamente iluminado. Me señaló una silla y anunció: “Enseguida baja la señora”.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra pude ver la originalidad del salón. Mullidos sillones de diferentes tamaños se agrupaban en torno a mesas de centro con ceniceros llenos de colillas y copas con residuos de bebida. Espejos con marcos dorados y copetes rococó cubrían las paredes, pesados cortinajes de terciopelo encarnado, a medio correr, separaban saloncitos que los hacían independientes, un piano de cola se alzaba en un promontorio late-

ral y una escalera de mármol se retorció hacia las alturas pobladas por puertas y ventanas con luz oscilante.

Antes de que mi mente elaborara preguntas, una joven esbelta y despeinada que surgió de alguna de las habitaciones, inquirió la razón por la que quería ver a la señora. Sorprendida y molesta por la impertinencia, contesté que sólo se lo explicaría a la patrona ya que era un beneficio y buen negocio para ella. No pude dejar de advertir la sonrisa burlona que se paseó por su cara, pero ante mi firmeza optó por encogerse de hombros diciendo: "¡Espera!"... y desapareció por donde había llegado.

Una puerta se abrió en las alturas de la escalera, enmarcando una imponente silueta femenina. La robusta figura empezó a descender envuelta parcialmente por una bata escarlata de seda china que revoloteaba a su paso cubriendo y descubriendo sus piernas bien torneadas; la melena alborotada resbalaba por sus hombros, el carmín de sus labios con-

trastaba con las ojeras y palidez de sus mejillas. Conforme arrastraba parsimoniosamente el tacón de sus zapatillas que estallaban ruidosamente sobre los escalones, las ventanas se fueron iluminando como ojos de gato en la oscuridad. Al llegar al último escalón, se dirigió hacia donde yo me encontraba con lentitud, me observó detenidamente y después de un molesto silencio, por fin se sentó frente a mí. Antes que ella pronunciara palabra, yo me presenté y empecé a recitar lo que había aprendido en el laboratorio. Su asombro crecía cada vez que yo depositaba en su mano los artículos que iba ofreciéndole. Risas contenidas rebotaban por la escalinata. La dama me miraba fijamente, observándome embebida mientras yo hablaba. Al finalizar mi discurso y ante su silencio, mi seguridad empezó a tambalearse. Yo no sabía si salir corriendo o echarme a llorar pero la angustia me paralizaba. Por último la madam dio un suspiro y con voz firme exclamó:

– Tesoro... ¿Realmente quieres ganar mucho dinero? 🐱



Ma. Emilia Benavides

... Su hora bajo el cielo

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

*"Todo tiene su momento, y cada cosa su hora bajo el cielo.
Su hora de nacer y su hora de morir: su hora de plantar y
su hora de arrancar..."*
(Eclesiastés)

36
El Búh

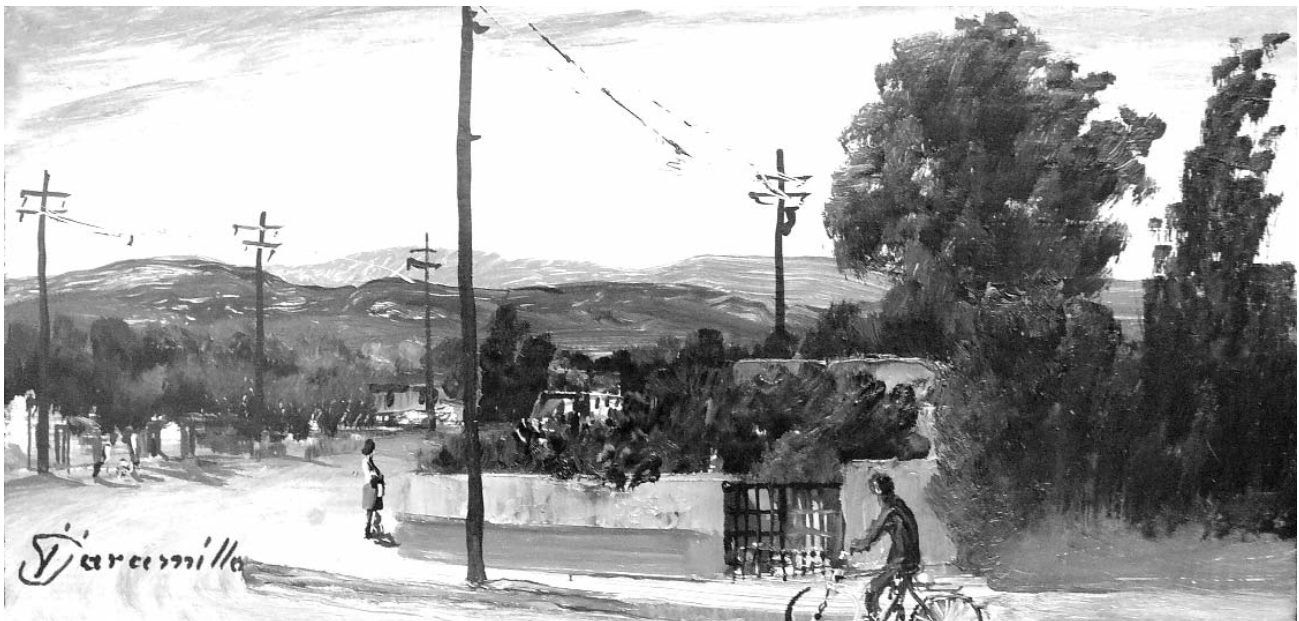
Momento de nacimiento, momento de crecimiento,
momento de maduramiento, momento de enamoramiento.

Momento de aposento, momento de emparejamiento,
momento de amasiamiento, momento de endiosiamiento,
momento de aburrimento, momento de lamento,
momento de abortamiento, momento de pensamiento, momento de desamparamiento, momento de desesperamiento.

Momento de prevalecer, momento de resurgir,
momento de destiempo, momento sin momento.

Momento de avenencia. Momento de recolectar.

Es tiempo de que los niños se laven la cara. 🗑️



Francisco Tejada

Poemas

SEBASTIÁN DEL PINO RUBIO

Soy

Soy al modo del sufrimiento.
Las risas un impedimento.
El varón de los dolores
burlesco me ensalza en loores.
Soy la alegría de la puta
—el objeto mal amado—
que a la gracia le refuta
ser la causa del pasado.

I

Parecía que el zumbido rompería mis tímpanos
sangraría hasta que mi carne quedara traslúcida
justo antes de entregar el alma al padre y el cuerpo a los buitres
Parecía que mi pupila se quemaba por el fragor del odio
el rojo ya no era una armonía, sino un torbellino insano
concentrador del universo pútrido en un sólo punto
Parecía que mataría al útero que me dio el aliento
rompería los cráneos de los maestros espirituales
y me ceñiría la corona del Cristo de Mayo [nuevo varón de
[dolores

Parecía que mi cuerpo marchaba ante el ocaso
vacilaba en el desfiladero entre la muerte y la locura
el pie puesto, aun sangrante, no tropezó entre los guijarros

Parecía que añoraba el filo de la plata
mis entrañas sentían una sed metálica
la vergüenza y la cobardía anularon mis músculos
Parecía que me ahogaba en la humedad de mi ojo
el braceo pulverizó mis huesos, se rejuveneció mi carne
nací con un rostro nuevo, adornado con estambres cobrizos
Parecían irritadas mis mucosas interiores
la lepra me iba tiñendo como la púrpura avanza sobre una
[sábana
fui la ira acrisolada en el tabernáculo al pie de viudas escarlatas
Parecía que mi pecho cedería ante la presión de la impotencia
y que la figura del falso vate mutilaría mis miembros
fue sólo un soplo del tiempo, un relincho de la nada

II

Parecía el abrazo de un ser celeste, la luz y el canto de un
[fotón sonoro
parecía un nuevo idilio dentro de la maraña de la existencia
parecía ser un mesías hecho de bronce, puesto sobre el pedestal
[del universo
parecía ser la velocidad de una caída libre y el dolor que
[produce una espina
fue un vuelco en el desarrollo de la rabiosa historia
fue la onomatopeya del deseo, el alarido
fue la pasión que contuvo el movimiento de mi instinto
fue el perfume que se rocía sobre mi cabeza

fue la epifanía de tu boca la que despertó estos ardores
fue el pálpito de tu frenesí el que puso al sexo como candelero
Ahora eres el centro del espacio abierto en mi cabeza
el Aleph borgiano en donde confluye el cosmos
las alas de mi vuelo tiránico, paso del aire, solar de mi refugio
el estallido de la mirada perpetuante de esta creación inconclusa
la renovación de mis huesos, de mi carne y de mi siquis
Es la clepsidra
en su infinito goteo
la causa del ritmo.

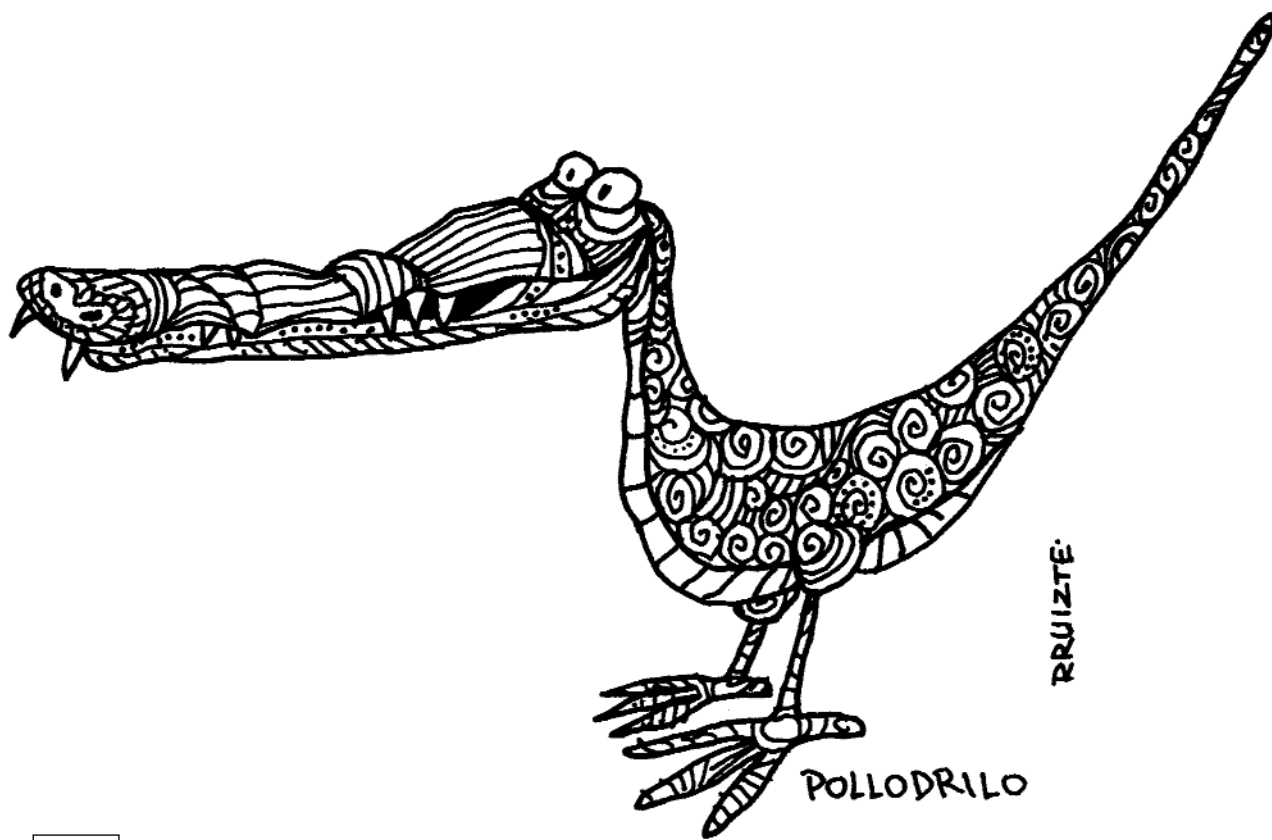
Sol-no-Sol

Tú, ígnica argamasa,
como una sideral veta blasfema
Llena de ira tu traza
invitas a la yema
al abandono de su frío sistema.

Vendaval piepunzante
de coleópteras marcador pervivo
Al tizo, ioh su amante,
lacerador altivo!
Deslumbrador furidoso, tú, divo.

Quietud de falsa creencia
desatino del dormido bufón:
no hay gas para tu ciencia
ni fuego ni tizón
i transmite el candor de tu fundición!

Antorchas animadas
por el exilio salvaje del alma
Allá, lejos, clavadas
danzan en lustre calma
apiñadas en la circular palma. 🐔



Ruizte